sin esperanza, pero sin tormentos sensibles, de los espíritus cuyo único pecado fué morir sin el bautismo. Recordad aquella «selva de espíritus espesa», de niños, mujeres y varones, y aparte, aquel «noble castillo», morada de los hombres más celebrados, «siete veces rodeado de altos muros y defendido por hermoso arroyuelo». Siguen después, bajando siempre, el cerco del huracán infernal, que muge como el mar en tormenta y empuja y arrolla sin descanso a los espíritus *lujuriosos*; el de la lluvia maldita, pesada y fría y el suelo enfangado, en que penan los *glotones* destrozados por las garras del Can- cerbero y atronados por su eterno ladrido; el de los *avarientos y los pródigos*, condenados a voltear enormes peñascos en direcciones opuestas y a insultarse eternamente cuando se encuentran; el que inunda la laguna Estigia, de aguas oscuras, de ambiente denso y fétido, donde se desesperan y destrozan entre el fango, a flor de agua o debajo de ella, los *iracundos*.

Al otro lado de la laguna se alzan las «fé- rreas murallas y encendidas mezquitas de la ciudad de Dite». Notad esta separación, que es fundamental, en la distribución moral de la *Divina Comedia*.

Pasada la puerta, forzada diríamos mejor, a pesar de la resistencia que desde dentro oponen miles de diablos, encuéntrase aquel campo erizado de sepulcros encendidos, en que se abrasan los *heresiarcas*: es el cerco sexto. En